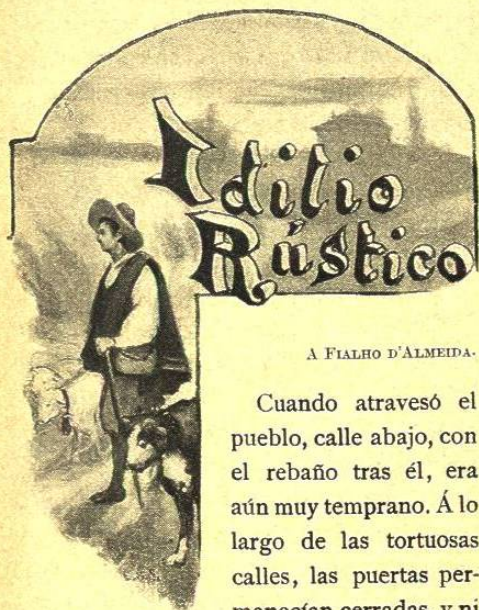


Idilio rústico



A FIALHO D'ALMEIDA.

Cuando atravesó el pueblo, calle abajo, con el rebaño tras él, era aún muy temprano. Á lo largo de las tortuosas calles, las puertas permanecían cerradas, y ni el más leve ruido salta de las habitaciones. Dormíase á pierna suelta en todas las casas. Apenas si un chucho, súbitamente despertado con sobresalto por el tintinear de los cencerros, ladraba desde lo alto de las escalerillas de piedra en que quedara de guardián, ó dentro de los corrales, donde pasó la noche en

compañía de los novillos. De vez en cuando, gallos madrugadores entonaban sonoras dianas, que eran como vibrantes risas de bohemios que anduviesen á deshora en alegre francachela...

Mas, pasadas las últimas casas, condensábase el silencio por todos lados, en una gran paz de templo desierto. No había alma viviente en la ladera que conduce al río, por un camino en zig-zag. Brillaban en el cielo de un azul obscuro enjambres plateados de estrellas. En toda su amplitud el paisaje era torvo é indeciso, sumergido en una luz muy mortecina, que ni era la de la aurora ni la de la noche. Presentábase la mañana tranquila; ni siquiera sonaban rumores de brisa en el ramaje de las encinas seculares que guarnecían la calleja por donde se encaminara el ganado. Cigarras, grillos escondidos en la hierba, ranas que cantaban en las charcas, era lo más que se oía por encima del blando rumor de los cencerros. Ni un balido de oveja en todo el ganado, que marchaba sumiso á merced del pastorcillo, parándose si él se paraba á coger las frescas moras de

los zarzales, volviendo á marchar si de nuevo él caminaba.

Cuando pasó junto al melonar de la señora, sonó el disparo de un tiro, que el eco repitió á lo lejos.

— ¡No gastes pólvora, Antonio! — advirtió el pastor. — ¿Oyes?

Y luego la voz del guarda:

— ¡Mucho madrugaste hoy, Gonzalo!

— Ya lo ves. Aquí hay un hombre que no tiene miedo.

— Bueno va. ¡Adiós!

— Salud.

A esta sazón íbase ya definiendo la mañana, en la luz, en el sonido, en el color. Invadía la amplitud de la cúpula celeste una tinta blanquecina, en que las estrellas palidecían. En lo alto, sobre la ladera de enfrente, comenzaban á dibujarse límpidamente las líneas sinuosas de la cresta, donde enormes rocas presentaban actitudes de una inmovilidad misteriosa y siniestra... En este asomo de alborada, las cosas iban despertando lentamente á la alegría vigorosa de la luz. De los setos, bandos de calandrias le-

vantábanse repentinamente, chillonas y alegres, hasta perderse de vista tras los bosques y los cerros. Con el rabo tieso y las orejas inmóviles, el mastín espiaba los matojos secos, por donde algún reptil se deslizaba sin ruido.

— ¡Busca, Turco! — decíale Gonzalo, que tenía miedo á las culebras. — ¡Busca, valiente!

Á medida que iba bajando por la ladera, oíase, cada vez más claro, un murmurar monótono de agua. Era el río, que parecía próximo; pero, antes de llegar á él, era preciso andar un buen trecho... «Un no acabar de pasos y de paciencia,» — pensaba el pastor, á quien fastidiaban soberanamente las interminables vueltas del sendero. Iba andando, bajando siempre, á la cabeza del rebaño silencioso. Y cuando los zapatos empezaron á pisar arena, y á dos pasos de allí, relucía el agua, bajo aquel cielo todavía estrellado, Gonzalo exclamó:

— ¡Uf! ¡Por fin! — Y pensaba, ya más tranquilo: ¡Nada más fácil que me hubieran salido los lobos!...

Pero vista á la hora aquella, en medio de tal silencio, la corriente líquida tenía no sé qué de siniestro, que evocaba visiones aterradoras, espectros de los que por allí habían muerto ahogados, en lucha desesperada con el río, clamando en vano porque los socorriesen en tan aflictivo trance. La orilla opuesta era particularmente accidentada, de rocas informes, bloques pavorosos por entre los cuales, en invierno, soplaban lúgubre el viento; y las aguas formaban remolino amenazador para las pobres embarcaciones que se aventurasen incautas, por involuntario descuido — simple remadura á destiempo, maniobra de timón poco firme ó impulso errado de pértiga.

En aquel momento, enormes cerros de un lado y de otro proyectaban sobre el amplio lecho del río su pesada é irregular sombra, que hacía más triste el sitio y como más solitario, pues lo cerraban bruscamente, limitando el paisaje.

Y todo á lo largo de la orilla, el rebaño púsose á beber mansamente, sin el menor ruido.

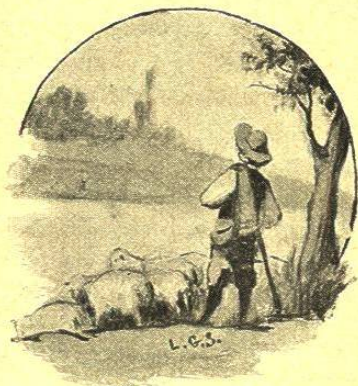
Advirtió en esto Gonzalo que en la

margen opuesta, un poco más abajo, bebía también un ganado.

—¡Tate, Gonzalo! Aquellos cencerros...

É inmóvil, mordiéndose el labio, atento el oído, pensaba:

—¿Será ella?...



De pronto, estremeciósse. Ante su espíritu infantil pasó, como luz de relámpago, la imagen de una mozuela, pastora como él, con la que se había encontrado otras veces, pero á quien hacía mucho tiempo que no viera.

—¡Si fuese Rosario!...—decía para sus adentros.

É imponiendo silencio al rebaño que acababa de beber, púsose atentamente á escuchar el tintineo de los cencerros que sonaba en la orilla opuesta.

«El rebaño parece el mismo, no hay duda... Ahora, el pastor bien pudiera ser otro que Rosario...»

En esto, se le ocurrió una idea que le hizo sonreír de gozo. Echó sobre el perro la manta y el cayado, y empujando hacia adelante el zurrón hecho de piel de oveja blanca, muerta en tiempo de la siega, sacó de él su flauta y púsose á tocar apresuradamente un trozo de canción rústica.

En el mismo instante, una voz muy sonora gritóle:

—¿Eres tú, Gonzalo?

El pastor se echó á reír.

—¡Hola, Rosario, yo mismo! ¡Dios te guarde, pimpollo!

Y en seguida, la voz fresca de la muchacha, gritó:

—¡No has olvidado el cantar, chico!

—¡Cualquier día se me olvida!... ¿Oíste, Rosario? Si me lo hubiese enseñado otra que tú...

Al propio tiempo, Gonzalo volvió á

coger la manta y el bastón para ir á reunirse con Rosario. Mas, antes, preguntó:

—¿Paso por el puente, ó vienes tú aquí, chica?

—Ven tú. Por acá hay mejores sitios para las ovejas. ¿Eh?

—¡Conforme!

Y dando la señal de partida, púsose Gonzalo en marcha. Al poco rato el rebaño atravesaba el viejo puente morisco, de construcción severa en sus tres arcos volteados sin elegancia, ahogados por las parásitas seculares que los hermo세aban mucho: hiedra, espinos, ortigas silvestres.

En medio del puente, una mano piadosa había hecho construir una hornacina al Salvador, cuyo rostro sereno, mirando por entre la celosía de alambre, parecía dar ánimos á los trajinantes y barqueros que ante el pequeño y humilde nicho se descubrían respetuosamente y rezaban devotos una vieja oración, que era como talismán precioso para librarlos de mayores desgracias,—naufragios en el río y aún malos encuentros por aquellos caminos escabrosos, que ofrecían un peli-

gro constante para los hombres y las bestias.

De allí á poco, los dos muchachos hallábanse juntos, cada cual seguido por su rebaño.

—¡Viva Rosario!—dijo el pastor con gran alegría parándose ante la rapaza.

—Buenos días, Gonzalo, ¿cómo por acá?

Trabóse entre ellos largo diálogo en que se refirieron mutuamente todo lo que habían hecho desde aquel día en que volvieron juntos de la feria de Caniços.

—¡Por cierto, que nada vendimos en ella!—recordó Gonzalo.

—Muy cierto,—dijo con pena Rosario.

Pero él contó que había venido por allí muchas veces, muchas, siempre con la esperanza de encontrarla. «Mira tú, ha sido un milagro: ¡quién lo había de decir! Él no, por cierto...»

—He estado muy enferma,—respondió tristemente Rosario.

Y como el otro pidiese pormenores, ella se explicó así:

—Unas quartanas que me tuvieron medio muerta. ¡Mala liendre las lleve!

¡Una fiebre que parecía fuego, desde la mañana hasta la noche!... ¡Buena fué!

Y en su ingenuidad infantil, contó á Gonzalo cómo, muchas veces, en medio de la calentura, soñara con él: que iban los dos por montes y prados, como ahora sucedía « mismamente. »

—¿Así Dios te salve, Rosario?— interrumpió afanoso el pastor, á quien llenaban de orgullo los sueños de su amiguita.

—Así, ¿qué duda tiene?— repitió con firmeza Rosario.

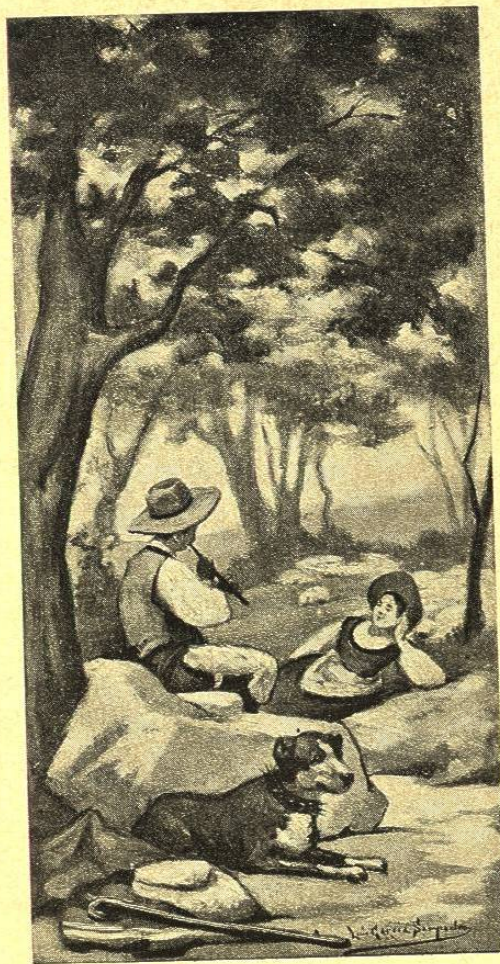
—No,— dijo torciendo el gesto Gonzalo.— No has de decirlo así... Las cosas claras; has de jurar formalmente.

—Pues así Dios me salve...

—Como es verdad... Dilo todo, Rosario,— suplicó el pastor.

—Sí,— repitió pacientemente la compañera.— Como es verdad que soñaba que nos encontrábamos,— concluyó, al fin, muy risueña.

Y sin ocultar su júbilo, al momento le aseguró Gonzalo que tampoco él la había olvidado. « Tanto así, que no cesaba de tocar en la flauta las canciones que ella le enseñara. »



—¿Te acuerdas?

Rosario dijo que sí con la cabeza; y luego, dando palmadas sobre la flauta de madera de saúco, el pastor se apresuró á declarar:

—Salen de aquí sin faltar una.—Y resuelto, añadió:—¡Allá va! Pide por esa boca, Rosario.

Rosario pidió la *Pastorcilla*.

—Es la que más me gusta,—dijo.—
Es la más bonita.

—Y lo es,—afirmó Gonzalo.—Escúchala.

Y poniendo los labios sobre la flauta, púsose á tocar la *Pastorcilla*, á la vez que Rosario, á media voz, entraba á tiempo con la letra:

Donde vas, oh pastorcilla,
Ai-li,-ai-li, ai-lé...

—Bien la sabes. ¡Así es!—dijole Rosario riéndose.

—Ni más ni menos,—afirmó gozoso Gonzalo.

Á sus pies habíanse echado los mastines; y ya los dos rebaños, confundidos, pastaban á la par.

— Mira las ovejas juntas, — observó Gonzalo.

— También nosotros lo estamos, contestó sonriendo la muchacha. Las pobres se llevan bien, son amigas.. — añadió con júbilo.

— Y nosotros también, ¿no es eso, Rosario?

— También, — contestó resueltamente la pastora.

Y marcharon á cuidar del rebaño, porque menudeaban las multas y las denuncias.

* * *

Al propio tiempo, en el cielo elevado y límpido, la estrella de la mañana extinguióse por fin, y el horizonte comenzó á tomar leves tonos carmíneos. Por toda la bóveda del cielo, la luz fresca y viva de la mañana vibraba en extrañas armonías, que iban despertándolo todo: el color del paisaje y la música de los nidos, cantos de perdiz y rumor de gente en los molinos y atajos. Mañana de verano, serena, tranquila, dulcísima. Llenaba el aire un ex-

traordinario movimiento de alas — alegres bandadas de pájaros que saltan de los nidos y acudían á matar la sed al borde del agua; golondrinas que dejaban sus refugios situados en las concavidades de las peñas y dirigíanse á los huertos próximos, donde la vegetación era más rica de savia, y más fácil la presa de los insectos; perdices cantadoras, que iban de monte en monte; tordos, abubillas, mirlos. En los viñedos de las pendientes, por entre las verdosas hileras de cepas, hombres en mangas de camisa vendimiaban. Por los caminos en zig-zag, veíanse los que bajaban á los molinos, conduciendo mulos cargados de sacos, y espetándoles cada *jcho!* que se oía en la ladera opuesta. En los pueblos cercanos, ya las campanas llamaban á misa ó tocaban el Ave-María. En las granjas y casas humeaban las chimeneas, anunciando la hora del desayuno. Así, que el sol, cuando apareció solemne y triunfante en el inmaculado cielo, halló ya mucha vida en los campos, la naturaleza toda despierta para la tarea incesante del día. En un llano elevado desde el cual se dominaba el río y una parte del pai-

saje hacia el Sur, sentáronse los dos pastores y continuaron su charla.

Al pastor antojábasele ahora más linda su amiguita, con su color trigueño, levemente pálido desde lo de las cuartanas. No recordaba bien á qué santa de las que él había visto se parecía ahora Rosario...

—Pero el cabello cortado así..., —dijo con mimo, mirándole la cabeza rapada y pasándose la mano por la propia, —no te sienta nada bien.

«Mejor fuera que la hubiesen dejado las trenzas. Negras, de un negro subido, que era como á él le gustaban...»

—Fué promesa de madre, si yo curaba, —explicó Rosario.—¡Ocurrencias!... Cuando se está afligido...

—...Cuando se está afligido..., —repitió como un eco el muchacho. Y después, bajando la cabeza:—Si llega á prometer los ojos...

La rapaza lo miró, espantada.

—¡...De fijo te los sacal—concluyó convencido.

Hubo un momento de silencio, en que Gonzalo se puso á excavar el suelo con

una piedra, y Rosario á retorcer un hilo suelto de su burdo vestido. Oíanse las ovejas, cencerreando por los pastos, y en el camino, lejos, un carro que chirriaba, cargado de uvas para algún lagar.

—¿No hablas, Rosario?—preguntó el pastor sin levantar los ojos hacia ella.

—Tampoco tú... —empezó temerosa la muchacha, —y luego te burlas. ¡Vaya una ocurrencia la de los ojos! ¡Como si mi madre fuese capaz de eso!... —Y después, animándose:—¿Fuiste ya á Nuestra Señora de los Remedios?

Gonzalo hizo seña de que no había ido.

—Pues allí es donde dejamos las trenzas, mi madre y yo. En un clavo, al lado del altar, con un lacito verde en las puntas. ¡Quedó muy bonito!

El pastor hizo un movimiento de enfado; no le gustaba la conversación. Y para terminarla:

—En fin, puesto que mejoraste...—dijo como conformándose y haciendo girar el bolo. —Mira cómo baila... —Y después, más pensativo, dándose con el bolo en los dientes:

—Á veces, las promesas logran poco...

—É interrumpiéndose: — ¿Sabes quién hizo este bolo?

—Fuiste tú, de fijo.

Golpeóse el pecho, y dijo con la cabeza que sí, mostrándose orgulloso de su obra: «Que reparase en los *torneados*.» Luego continuó:

—Los santos no se cuidan gran cosa de las personas. ¡Vaya con los santos! Mira, mi Joaquina, tú no la conociste. Pues bien; todo el mundo rezó é hizo promesas, pero ella se murió, al cabo.

Y arrodillándose, comenzó á buscar con la mirada en el rebaño.

—Aquella oveja, la blanca, ¿no ves? la que ahora va á echarse... Pues esa era para Nuestra Señora; repara que es la mejor.—Y tumbándose hacia atrás:—Ahí la tienes pastando,—concluyó con desaliento.

—Pero debió ser así,—contestó Rosario tristemente;—las promesas siempre resultan bien, no hay que dudarlas.

Y, convencida, la muchacha contó casos sucedidos, para convencer á Gonzalo de que las promesas valían siempre. Mientras tanto, echado de espaldas, con la

chaqueta por cabecera, las piernas en ángulo, tocándose por las rodillas, Gonzalo soplaba una bellota de roble, que constantemente subía y bajaba, acompañada por la mirada dulce del perro que cerca de allí permanecía sentado. Y contando, contando casos, Rosario iba entreteniendo al pastor. Pero cada vez que ella se detenía, replicaba el muchacho, firme en su objeción:

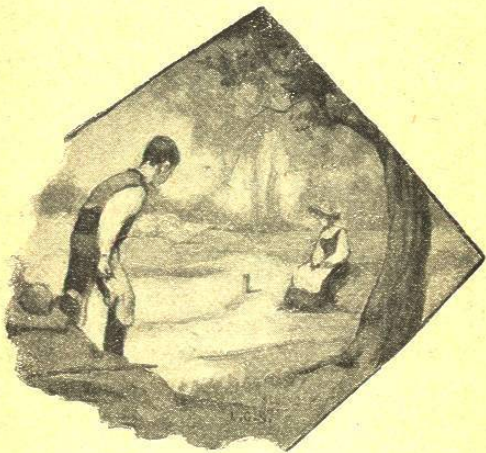
—¡Bueno! ¡Pero nuestra Joaquina se murió! ¡Pobre Joaquina!

* * *

Á medida que el sol iba subiendo en el cielo glorioso y acarminado, conducían ellos las ovejas á sitios más sombríos, para librarlas del calor, que apretaba de firme. Calor sofocante á cosa del mediodía, que fué cuando tomaron hacia el lado de las encinas, y luego hacia los pinares. Y siempre al lado el uno del otro, los dos compañeros pasaron charlando casi todo el día. Nunca se habían dado cuenta de que las horas pasasen tan de prisa. Pretendieron también cazar pájaros, pero como

si no; los pícaros estaban espantados y conocían ya las trampas.

—¡Cualquier día se dejan coger! — dijo Gonzalo, cansado de estar á la es-



pera, agachado, con el hilo de la trampa entre los dedos. — Como si fuesen bobos.

Y recogió las trampas, dando al diablo los pájaros. Entonces ella propuso que jugasen á la pozuela.

—¿Y á la rayuela, Rosario? ¿Sabes jugar á la rayuela? En el atrio, los do-

mingos por la tarde me desafío con todos, ¿sabes?

Y generoso, añadió:—Pero á tí te doy ventaja: veinticinco sobre cuarenta.

Como el tiempo era largo, jugaron á todo,—á la pozuela, á la rayuela, á los cantillos, á la toña.

En la toña, como el mastín estaba enseñado á traer el palo, era él quien iba á buscarlo cuando caía lejos.

—¡Turco, trae acá!

* * *

En tanto, iba cayendo la tarde. Arriba, el ancho cielo desvanecíase en un azul suavísimo. En todo el espacio el aire estaba tranquilo y sereno, y ya empezaba, hacia poniente, la fantástica decoración del ocaso. Parecía oírse más claro el murmullo de las aguas del río; ya no relucía tan vivamente la arena blanca de las orillas.

Advirtió entonces Gonzalo que era mejor irse acercando, especialmente por las ovejas, hacia los sitios donde habían

de pernóctar. Y mirando fijamente los negros ojos de Rosario, díjole así:

—Acuérdate de lo que prometiste...
¿Harás lo que decías?

«¿Qué le costaba hacerlo? ¿Ya que las ovejas habían andado juntas todo el día, qué más daba que durmiesen en el mismo corral aquella noche?»

—¿Nada mas, Rosario?—preguntó de nuevo, con interés.

La muchacha quedó perpleja. Mas como el pastor no cesaba de mirarla, respondió:

—Sí,—y sonrióse.—Por mí...

Cuando oyó esta segunda promesa, levantóse Gonzalo y dió la señal de partida, silbando á los perros.

Á poco, estaban ya en marcha hacia el corral.

Cuando pasaron el viejo puente, la oblicuidad de los rayos del sol alargaba desmesuradamente sobre el arenal la sombra de los tres arcos.

En las ondas de la corriente estremecíase una luz anaranjada, cambiando la transparencia normal del agua.

—¡Qué bonito!—observó el pastor.

Rosario acudió al punto con la explicación:

—Son las moras que pescan con redes de oro; ¿no sabes?

Al otro lado, un poco más abajo, asomaban á flor de agua las cabezas de los dos zagalones del molino. Dentro de la barca, que bogaba serenamente, la madre, con el más pequeño en brazos, los seguía con la vista; á la vez que el padre, en mangas de camisa y de pie sobre un montículo, les iba enseñando las *maniobras*. En el fondo, tres vacas pasaban el vado del río, muy despacio, parándose á menudo, alargando el pescuezo hacia el agua tranquila, bebiendo mansamente. Sobre la vaca de manchas blancas, el guarda canturreaba, saludando con el sombrero al molinero:—«¡Buenas tardes! ¡buenas tardes!» Al salir del puente, el rebaño hubo de apartarse un poco del camino: aproximábase un arriero, con la inacabable fila de mulos cargados, que hacían sonar las campanillas.

—¡Adiós, muchachos!—saludó.

—¡Vaya con Dios!—respondieron ambos.

Y de nuevo pusieron en marcha. Las ovejas seguían mezcladas, confraternizaban los canes como buenos y leales amigos. Delante iba Gonzalo, tocando la flauta, á la vez que Rosario cantaba. El blando rumor de las esquilas que esparcía el ganado, hermanábase con la música, fundiéndose en una nota sutil, de un colorido ingenuo de balada...

Al fin llegaron á un trozo de sierra, cubierto de matorral bajo, y entonces, parándose un momento, preguntó Gonzalo colocándose frente á Rosario é indicando con la flauta la dirección en que debía mirar:

—¿Ves allí... todo derecho? En línea recta con el castañar, ¿no columbras?

La otra hizo que sí con un gesto, y preguntó:

—¿Es allí?

—Allí mismo, — contestó él rompiendo de nuevo la marcha.

Y colocando la mano derecha sobre el hombro izquierdo de la pastora, repitió, muy contento:

—Allí mismo es.

En una tierra de rastrojo, un amplio

cuadrado de empalizada señalaba el espacio que las ovejas habían de ocupar aquella noche.

—Falta poco: iremos por el atajo, que sólo es malo para quien pasa á caballo.

Y como él se sentía expansivo, y la compañera no decía palabra, quiso averiguar la causa:

—¿Estás triste, Rosario?

—Triste... no. Ya... ello ha de ser, — contestó cabizbaja.

—¿Hum! Se arrepiente...—dijo para sí el pastor.

* * *

Cuando llegaron, acababa de anoecer. Adentro el ganado, y á merendar tocan: lo que era del uno era del otro; él llevaba aceitunas, un trozo de queso, pan... Apenas acabaron de comer, Gonzalo señaló la cabaña que allí cerca había y propuso que se acostaran: estaban molidos de la solanera de todo el día y de la caminata final.

Á tiempo que Gonzalo y Rosario entraban en la cabaña y se acostaban sobre

la cama de paja, cubriéndose con las mantas y arrojando á sus cabezas los costales que servían de almohada, cerraba del todo la noche, y millares de estrellas comenzaban á brillar con destellos de plata pulida en el azul indefinido del cielo.

—¿Y los lobos?— preguntó Rosario con miedo.

—No hay cuidado, — dijo Gonzalo, tranquilizándola. — Ahí están los perros para eso.

* * *

Poco á poco fuese extinguiendo en el corral la música triste de las esquilas. Al ladrar, los mastines levantaban eco. El rebaño debía de dormir profundamente, sumergido en el mismo sueño en que yacía postrada la Naturaleza toda. Dentro de la cabaña, los dos pastores charlaron un rato, en un sisear blando de voces, hasta que por fin, vencidos de la fatiga, dejáronse adormecer, — cuando la historia de las moras encantadas llegaba al mejor de sus episodios...

Y allá, en el alto cielo, precisamente

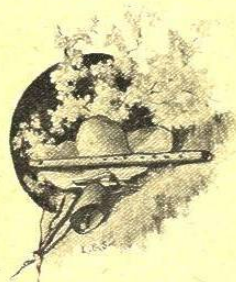
sobre la cabaña, la estrella vespertina no era ni más pura ni más luminosa que el alma sencilla y buena de los dos niños...

Cuando, al despuntar la mañana, se levantaron y salieron para mirar el cielo...

—¡Bonito día, Gonzalo!

—¡Bonito día, Rosario! Mira...

...en la tranquila placidez del azul, bandos de palomas mansas iban volando... volando...



Sultán